

## GALICIA Y SUS PINTORES

### María Corredoira

He querido sorprender a María del Carmen Corredoira en su propia salsa; he querido sorprenderla trabajando. Y trabajando precisamente allí donde ella gusta de recogerse para pintar sus cuadros favoritos, esos suaves y evocadores rincones conventuales que constituyen el motivo—guía —el *leit motiv*— de sus exposiciones: en la silenciosa y bella capilla del convento coruñés de las Madres Capuchinas.

La sorprendí en la sacristía, ante el caballete, copiando una vez más el rincón monacal y austero, tras-pasado por un rayo de sol.

Saludo a la pintora y le dirijo mi primera pregunta:

—No necesita usted asegurarme que éste es su lugar preferido para inspirarse y trabajar a su gusto, ¿no es verdad?

—Si, nada me sugiere tanto— responde la pintora —como el recogimiento y la paz de esta iglesia. Pintando aquí he llegado a ensimismarme de tal modo en mi trabajo que ha habido ocasión en la que, sin darme cuenta, he quedado sola en el templo, y al disponerme a salir me encontré con que habían cerrado las puertas, dejándome involuntariamente encerrada. Y es que no se imagina usted cómo se le eleva a una el espíritu y qué a gusto se pinta, inspirada por los rezos de las monjitas, por el tintinear de la campanilla, por el piar de los pájaros en el jardín del convento..., por este inefable ambiente del misticismo que nos envuelve. Como que, a veces, hasta se me figura que llegan unos ángeles y que son ellos los que mueven mis pinceles.

—¿Cuántos cuadros lleva usted pintados en Capuchinas?

—No recuerdo con exactitud el número, pero sí estoy segura de que se acercan a los doscientos. Y, a pesar de ello, esta iglesia sigue siendo para mí tema pictórico inagotable. Además, parece que el motivo gusta, a juzgar por la predilección de la gente. Ha habido asunto que he tenido que repetirlo hasta cinco veces, por encargo de otros tantos compradores. Sin embargo, no es éste el único templo coruñés en donde trabajo. He pintado también, y sigo pintando, en la Colegiata, en San Nicolás y en la iglesia de Santiago, y no hace mucho que

recogí diferentes asuntos de la capilla de las Bárbaras para la colección que pienso exponer en Madrid tan pronto como me den fecha en uno de los salones más conocidos.

—¿Fue siempre la de interiores su pintura predilecta?

—No, yo comencé haciendo figura, hasta que un día, desesperada por la lucha que tenía que sostener con los modelos, se me ocurrió pintar un interior, precisamente de aquí, de Capuchinas. Lo llevé, con otras obras, a la Exposición de Arte Gallego que se celebró en Ferrol, en 1922, y al verlo Sotomayor me dijo estas palabras, que olvido: "Ese es su camino, María, sígalo". Y desde entonces, animada por tan valioso consejo, me dediqué de lleno a los interiores, tema que he acabado por sentir como ningún otro.

Hay una breve pausa. En el recinto apacible ha penetrado, silenciosamente el sacristán, quien, después de revolver en uno de los armarios, ha vuelto a trasponer la puerta que accede al presbiterio de la capilla.

### Los primeros pasos

Reanudo el interrogatorio:

—¿Recuerda usted sus primeros pasos por la senda del Arte? Pero, ante todo, en su vocación de pintora, ¿ha habido alguna influencia hereditaria?

—Directamente, ninguna. Sin embargo, en mi familia soy el tercer pintor. No olvide que Jesús Rodríguez Corredoira era primo mío y que su padre, del mismo nombre, era también pintor. En cuanto a mis primeros pasos en el Arte, puedo decir que se remontan a la niñez. Era yo muy pequeñita cuando ya les pedí a los Reyes que me trajeran lápices, pinceles y paletas. ¡Nunca les pedí muñecas ni juguetes! Cuanto grabado caía en mis manos, me empeñaba en iluminarlo, y así recuerdo que en cierta ocasión encontré una Historia Sagrada... ¿y a que no se imagina usted lo que se me ocurrió? Elegí un grabado representando a Adán y Eva arrojados del Paraíso... ¡y los vestí de toreros! Pintaba en cuanto papel tenía, y las conchas que recogía en la playa las iluminaba también con toda clase de figuras y monigotes.

—¿Y quién fué su primer maestro, María?

Mis padres comprendieron que no había más remedio que satisfacer mi



gusto, y hablaron a don Félix Castro, un notable dibujante coruñés, ya fallecido. Este fué quien me dió las primeras lecciones. Después fuí discípula de Enrique Saborit, un pintor, aunque nacido en Valencia, residido tantos años entre nosotros —hasta su muerte— que hoy es considerado como coruñés. El fué quien me orientó y dirigió más decisivamente, tanto que, al anunciarse la Exposición Regional de 1909, en Santiago, me animó a exponer por primera vez. Presenté un cuadro titulado "La nieta", y figúrese usted mi emoción al enterarme que había sido premiado con medalla de oro. Ese mismo cuadro lo envié después a la Exposición del Centenario, en Buenos Aires, y allí se quedó. Me dieron por él dos mil francos, y esta es la hora que todavía ignoro quién lo adquirió y quién lo conserva.

### Exposiciones y maestros

—¿Ha expuesto usted muchas veces?

—En exposiciones colectivas, muchas, sí; individualmente, en algunas. Más bien me resisto a exhibir mis cuadros, y es mi familia o son mis compañeros quienes me incitan a exponer.

—¿Y en dónde ha expuesto usted?

—No sé si recordará muy bien... En España, en Santiago, Pontevedra, La Coruña, Vigo, Villagarcía, Lugo, Madrid, Málaga, Barcelona (en las

Galerías Layetanas y en la Exposición Internacional de 1929), Algeciras y Sevilla. Y fuera de España, en Buenos Aires, Montevideo, París, Brighthon y alguna ciudad más. Algunos de mis cuadros han quedado por el mundo adelante, en Museos, colecciones particulares, centros gallegos. He concurrido a varias Exposiciones Nacionales en Madrid, y de las individuales, en La Coruña, recuerdo las celebradas en un salón de la calle Real, en la reunión de Artesanos, en Acción Católica y en la Asociación de Artistas. Mis últimas exposiciones fueron en Ferrol y en Lugo, este último invierno.

—Creo que he me desviado un poco en el interrogatorio. ¿Fue Saborit su último maestro?

—No; llegó un momento en que el propio Saborit me dijo francamente, que él ya no podía aleccionarme más, y me aconsejó que me fuese a Madrid a practicar con los grandes maestros. Y me trasladé a Madrid, en donde fui discípula de Chicharro, hasta que éste se ausentó, y luego, de López Mezquita. También recibí lecciones teóricas de Sorolla, quien recuerdo que me aconsejó no copiar en el Prado.

—¿y ese consejo?

—Porque tenía el parecer de que no debía buscarse la imitación, que cada pintor debía obedecer a su propio impulso. Y esto es todo, en mi vida de artista...

—Todavía creo que queda algo por confesar. ¿No pertenece usted a algunas Academias y entidades de carácter cultural?

—Sí, es cierto. En 1924, si no me equivoco, fui nombrada socio de mérito de la Asociación de Pintores y Escultores, de Madrid; en 1928 ingresé en el Seminario de Estudios Gallegos, y el 13 de febrero de 1938 fui elegida miembro de número de nuestra Real Academia Provincial de Bellas Artes.

—¿Sus actividades actuales?

—Todo gira alrededor de la pintura, a la que dedico gran parte del día. Tengo una cátedra de dibujo artístico en la Escuela de Artes y Oficios; tengo discípulos —sobre todo, discípulas— en mi estudio... Y estudio estas viejas iglesias coruñesas, tan evocadoras y tan gratas a mis pinceles.

Y ceso de atormentar a María del Carmen Corredoira, para que torne a entregarse en cuerpo y alma a esta ingrátida y dulce labor que para ella es la pintura.

José Luis Bugallá